

Palabras pronunciadas por el Profesor Carlos A. León en la «Noche de la Facultad de Salud»

Por una gentil petición del señor Decano, doctor Héctor Raúl Echavarría, tengo el privilegio de dirigirme a ustedes en esta «Noche de la Facultad», concebida como un foro de convivencia, donde puedan estrecharse los vínculos afectivos e intelectuales de estudiantes, profesores, egresados, personal administrativo, directivos y exdirectivos de la Universidad y destacadas personalidades de la ciudad y el Departamento. Si entiendo bien, mi única credencial para este cometido es la de haber desempeñado por varias décadas un papel que en el ámbito de las ciencias del comportamiento se designa como el de un «observador participante». De todos modos, creo haber sido un testigo de excepción de las realidades, posibilidades y vicisitudes vividas por la Facultad de Salud desde la época del legendario liderazgo ejercido por su gestor y primer Decano, Gabriel Velázquez Palau, hasta nuestros días.

En tal calidad, percibo esta velada como una feliz conjunción de eventos, cuyos protagonistas no necesitan ser ensalzados pero sí recibir el justo reconocimiento por sus elevadísimos méritos. Y además, juzgo imperativo registrar esta ocasión en la conciencia histórica, en la memoria de nuestra institución, para evitar que se pierda para siempre en el limbo de la anhistoricidad.

Los premios entregados esta noche honran a la vez las virtudes practicadas por sus epónimos, los profesores Ramiro Guerrero y Luis María Borrero y las notables cualidades de los galardonados. Reafirmamos así el testimonio de nuestra admiración, tanto por el ejercicio de una medicina humanizada, humanitaria y humanista como por el perenne interés en la búsqueda activa del conocimiento, el que como es bien sabido sólo visita a las mentes preparadas para recibirlo y se genera a partir de la habilidad para formular preguntas relevantes.

En los profesores Carlos Climent y

Hernán Pimiento se conjugan con nitidez estas cualidades y se enriquecen con la generosa disposición de ambos para transmitir conocimientos y estimular ideas. Pero hay algo más; quizás por mi sesgo profesional quisiera pensar que la Facultad de Salud al haber seleccionado para la imposición de sus galardones más preciados a un profesor que se ocupa de asuntos de la mente y a otro que investiga los fenómenos del cerebro, expresa un reconocimiento implícito de la extraordinaria importancia de estos temas en el área de la salud.

No en vano se ha demostrado que 50% de la mortalidad producida por las 10 primeras causas de defunción en países industrializados se puede atribuir a problemas generados por el comportamiento y el estilo de vida. Para las sociedades de bajo ingreso, un estimativo del Banco Mundial para 1993 señala que 35% de la morbilidad global está relacionada con el comportamiento, a lo cual debe añadirse 8% de trastornos mentales. ¿Y qué decir de nuestro medio donde la violencia permanece enseñoreada como la primera causa de muerte, y es el problema de salud pública más apremiante?

Aparte del aludido sesgo profesional, es bien probable que mi obsesión por el tema mente-cerebro, represente un efecto de halo del reciente congreso de la Sociedad Colombiana de Psiquiatría dedicado al mismo tema. Tal certamen organizado y coordinado de manera impecable por el Profesor Roberto Perdomo, contó entre sus conferencistas magistrales con luminarias del mundo científico internacional como Rodolfo Llinás, Norman Sartorius, León Eisenberg y Juan José López Ibor, cuyo mensaje colectivo preconizó una integración dinámica de las neurociencias con las ciencias del comportamiento.

Los estudiantes, en ejercicio de su derecho, han decidido reservar hasta el último momento la divulgación de los nombres de

las personas escogidas por ellos para recibir el Premio Javier Gutiérrez. Al respetar esta decisión y tomarla como una muestra de la autonomía estudiantil, bien valdría evocar la época cuando en medio del oscurantismo medieval, floreció la verdadera y plena autonomía universitaria ejemplarizada por los estudiantes de Bolonia, quienes organizados en ligas o sindicatos llamados «universitas» ejercían un extraordinario poder sobre el cuerpo profesoral.

El salario de los profesores era pagado por los estudiantes y a un docente mediocre se le objetaba de inmediato. El representante estudiantil de la «universitas» designado como «rector» contrataba y exigía votos de obediencia a los profesores y los permisos para ausencias temporales del aula o vacaciones lo concedían los estudiantes. Las regulaciones de la liga prescribían la duración exacta de las clases, los textos recomendados y el programa docente. Si el profesor no cubría en sus clases el tema programado o cometía cualquiera infracción, se le multaba ipso-facto y con este fin debía hacer al comienzo de cada año académico un depósito de 10 libras en el Banco de Bolonia; suma de la cual se deducían en el curso del año las multas impuestas por el «rector» de la universitas.

Si bien todo este régimen nos parece hoy en día inusitado, por decir lo menos, debe recordarse que los estudiantes eran individuos entre los 17 y 40 años de edad, con suficientes medios para pagarse sus estudios y suficiente edad para imponerse su propia disciplina; en tanto que los docentes eran profesionales itinerantes contratados para enseñar a destajo.

Esta noche también celebramos con beneplácito la exitosa culminación de la tarea cívico-política desempeñada al frente de la Alcaldía de Santiago de Cali por el Profesor Rodrigo Guerrero, uno de los miembros más conspicuos del cuerpo académico de nuestra Universidad. Inspirado

por una orientación conceptual lúcida, realizó una valerosa tentativa de aplicación del método epidemiológico para el adecuado planteamiento y la eventual solución de los problemas comunitarios de la urbe. Rodrigo deja un modelo innovador del manejo de las necesidades colectivas, muy difícil de emular por sus sucesores. Por otra parte, ha propiciado de manera muy efectiva una integración del «claustro universitario» con la ciudad, logrando una apreciable disminución de la brecha tradicional entre los «citadinos» y los «académicos»: el irreconciliable «town and gown» de las comunidades anglosajonas.

Quizás la utopía platónica de confiar a un filósofo el manejo de la cosa pública debiera revisarse a la luz de las demandas del mundo moderno y pensar en la conveniencia de encargar de dicha tarea a un epidemiólogo.

La celebración del vigesimoquinto aniversario de la aparición de **Colombia Médica** es un acontecimiento de tal trascendencia que bien merece un homenaje individualizado y exclusivo. Aquí tan sólo de-searía repetir mis propias palabras al referirme al cuadragésimo aniversario de la publicación de *Acta Psiquiátrica Latino Americana*:

«En una cultura notoria por la improvisación y la fugacidad de los propósitos, el esfuerzo tenaz de mantener viva por varias décadas una publicación científica periódica cobra visos de hazaña heroica» y consignar mi más sincera admiración por la fructífera labor de su director Profesor Rodrigo Guerrero, de los editores, profesores Francisco Falabella y Pablo Barreto y de los demás miembros del Comité Editorial.

La acertada decisión del Decano Echavarría de plasmar una oportunidad para el encuentro cordial de las generaciones universitarias y propiciar un robustecimiento de los vínculos internos de la institución y de ésta con su entorno, constituye, a mi juicio, una estrategia eficaz para conjurar dos de los obstáculos más formidables para el desarrollo armónico de las colectividades: la anhistoricidad y el aislamiento.

Debe entenderse por anhistoricidad la

ausencia de sentido histórico, el desconocimiento del pasado, la ignorancia de los antecedentes y el desinterés por conocer las fuentes originales, acompañados a menudo por un menosprecio de los valores establecidos y una inmoderada «neofilia», quizás fomentada por las tretas de la mercadotecnia, que cada día añade el «novísimo» ingrediente X a sus productos superfluos, para poderlos vender a mejor precio al incauto consumidor.

En cuanto al aislamiento, su génesis parece remontarse a una de las funciones originales de la universidad, cual fue la de preservar y proteger en instituciones monásticas el conocimiento representado por las obras clásicas de la antigüedad. De ahí la tradicional imagen de santuario y claustro, la misma que en su aspecto negativo condujo a convertirla en ciertos casos en la remota «torre de marfil» académica, alienada del contexto comunitario.

Pero la fusión de las escuelas profesionales con el claustro universitario clásico, creó un vínculo dinámico con la población y sus necesidades y más tarde, este nexo se robusteció con las exigencias sociales surgidas en la época de la iluminación.

No quisiera, en esta ocasión festiva, perturbar el ánimo de mis oyentes con perspectivas desalentadoras, pero es forzoso reiterar el señalamiento de los mayores peligros que amenazan el desarrollo del potencial universitario latinoamericano, como lo hizo el Premio Nobel de Medicina y Fisiología de 1947, Profesor Bernardo Houssay en palabras que aún gozan de plena vigencia y merecen ser citadas in extenso:

«El problema está en la necesidad de preservar la autonomía universitaria; la enseñanza y la investigación deben estar dirigidas por profesores e investigadores y no por intereses políticos o dogmáticos. Los gobiernos deben suministrar los recursos necesarios para la enseñanza y la investigación científica, pero jamás debieran entrometerse en la vida espiritual y las orientaciones científicas de las universidades o centros de investigación fundamental.»

«La intervención estudiantil en las orientaciones universitarias tiene dos aspectos.

Por un lado representa ansias de renovación, progreso y justicia. Por otro lado resulta en inestabilidad, politiquería, corrupción, demagogia y rebajamiento de los estudios.»

«... Los partidos políticos halagan y tratan de conseguir el favor de las masas estudiantiles porque son numerosas e intelectualmente influyentes y con facilidad se vuelven tumultuosas y activas. Por más que los estudiantes respetan por lo general a los profesores serios, aunque sean exigentes, políticamente son movidos a menudo por los profesores menos recomendables.»

Pero a pesar de las graves denuncias, logra transmitirnos una visión optimista y una valioso mensaje futurista, al añadir: «...La verdadera esperanza está en la juventud, en formar gente nueva, de mentalidad diferente y más adelantada, y luego en asegurar la continuidad de las escuelas progresistas que forman a su turno. Deben evitarse las malas escuelas, que tan fácilmente forman prosélitos, porque exigen menor esfuerzo y no rara vez consiguen ventajas materiales indebidas.»

«...Para el progreso de la ciencia es necesario establecer amplias relaciones confraternales entre los universitarios y hombres de ciencia de todo el mundo. Es indispensable que no haya obstáculos a la libertad de información mutua y al intercambio de conocimientos entre los hombres de ciencia de todos los países del mundo. Esto es esencial para el entendimiento entre los hombres y esta armoniosa cooperación entre científicos y universitarios debe servir de ejemplo y estímulo para despertar sentimientos semejantes entre todos los hombres.»

Al destacar los valores permanentes de la Universidad, es menester concebirla no como un objeto material representado por el campus, los edificios, las aulas o los laboratorios; ni siquiera como un conjunto de personas sino más bien como un estado mental propicio para la generación y transmisión del conocimiento, para el análisis crítico de las ideas y el estímulo de la creatividad. Con esta premisa, celebramos con júbilo la «Noche de la Facultad» como una iniciativa afortunada para afianzar la

conducción correcta de un grupo humano hacia su encuentro con los problemas y las oportunidades del nuevo milenio, tarea crucial, inspirada en el propósito de acceder

a la universalidad del conocimiento, en el desarrollo de actitudes de concordia, respeto mutuo y tolerancia y en un perenne y reverente asombro ante los misterios del

cosmos y del ser humano.

Cali, diciembre 6, 1994

Agradecimientos

El Comité Editorial de **Colombia Médica** agradece en forma muy sincera los esfuerzos, la dedicación, y el tiempo que los siguientes profesionales (orden alfabético) dedicaron a la revisión de los artículos que han aparecido en el presente Volumen 25 N°s 1 a 4.

Aljure, Edmond
Alvarez, María Inés
Alzate, Alberto
Arango, María Victoria de
Arboleda, Carlos Eduardo
Arias, Liliana
Astudillo, Raúl
Barreto, Pablo
Biojó, Robin

Bolaños, Oscar
Bromet, Arnold
Burgos, María Mercedes
Cabrera, Aurelio
Castro, Jaime
Climent, Carlos
Cobo, Edgard
Conde, Agustín
Corral, Raúl
Cortés, Armando
Cortés, Jorge Alberto
de Lima, Eduardo
Escobar, Carlos
Escobar, Miguel
Falabella, Rafael
Gerstner, Jochen
Granados, Marcela

Guerra, Gonzalo
Gutiérrez, Oscar
Hurtado, Hugo
Levy, Alberto
Mariño, Gustavo
Meza, María Teresa de
Padilla, Harold
Palma, Gloria Inés
Palma, Jaime
Ramírez, Hernán
Rubiano, Jaime
Saavedra, Jaime
Salas, Carlos
Starck, Carlos
Starusta, Pérez
Torres, Camilo
Torres, Edgar
Woolley, Louis

Índice de autores y temas Volumen 25, 1994

A

Acevedo, María Eugenia 25: 134
Acosta, Helbert 25: 36
Alarcón, Jairo 25: 100
Alvarez, Laura 25: 86
Alzate, Alberto 25: 10; 25: 86
Arana, Naydú 25: 115
Arias, Liliana 25: 26; 25: 91
Aristizábal, Gonzalo 25: 58
Astudillo, Miryan 25: 69

B

Barreto, Mauricio 25: S3
Barreto, Pablo 25: S3
Biojó, Robin 25: 45
Borrero, Isabella 25: 18; 25: 138
Bromet, Arnoldo 25: 7

C

Cabeza, Gloria Martha 25: 134
Caicedo, Wilfredo 25: 31
Calderón, Mavel 25: 134
Campo, Melba Patricia 25: 134
Cardona, Consuelo 25: 105
Carmona, Fabio 25: 86
Carrasquilla, José Gabriel 25: 148
Castro, Inés 25: 23
Cobo, Edgard 25: 53
Corral, Raúl 25: 86; 25: 130
Cortés, Armando 25: 73; 25: 142;
25: S23
Crespo, María del Pilar 25: 86
Cruz, Luis Fernando 25: 120
Chamorro-Mera, Carlos 25: 34; 25: 65;
25: 156
Chong, Xenia Edith 25: 2

D

de Roux, Gustavo I. 25: S33

E

Escobar, Reynaldo 25: 108
España, Diana María 25: 134

F

Fajardo, Luis Francisco 25: 18; 25: 138
Franco, Astolfo 25: 58

G

Gutiérrez, Javier 25: 29
Guzmán, Renato 25: 66